

El caso argentino:

¿Cómo se construyó la densidad nacional de nuestro país?

1. Cohesión y movilidad social

En vísperas de la independencia, a principios del siglo XIX, las distintas regiones que componen el actual territorio argentino –excepto las de la Mesopotamia y la Banda Oriental, conectadas a través de los grandes ríos de la Cuenca del Plata– estaban separadas por enormes distancias terrestres y precarias rutas apenas transitables por los primitivos medios de transporte de la época. Cada región formaba un sistema autosuficiente, en cada uno de los cuales predominaba la estratificación social fundada en el sometimiento de los pueblos originarios y esclavos de origen africano, que, en conjunto, representaban la mayor parte de la población.²⁹

29 Véase Ferrer, Aldo [1963] (2004), *La economía argentina*, 31ª edición, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica. Allí distingo la existencia de varias etapas en la formación de la economía argentina, desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI. La primera corresponde a las economías regionales de subsistencia (desde el inicio de la conquista hasta fines del siglo XVIII); la segunda es una fase de transición y concluye a mediados del XIX coincidentemente con la presidencia de Mitre; la tercera es la de la economía primario-exportadora, que finaliza en 1930; la cuarta es la de la industrialización inconclusa, y concluye en 1975-76 cuando se instala el período de la hegemonía neoliberal. Esta división es empleada en este ensayo.

Las producciones regionales estaban casi totalmente aisladas del comercio internacional. Estos territorios, salvo las minas de plata del Alto Perú, no eran aptos para producir los bienes que eran entonces objeto del comercio internacional, principalmente, metales preciosos, especias y productos tropicales, azúcar en primer lugar. A su vez, el intercambio intrarregional era precario, por los elevados costos de transporte y la escasa diversificación de la oferta, deprimida por la ausencia de progreso técnico. El estancamiento de la demanda y el predominio de las actividades tradicionales ajenas a las transformaciones, que en otras partes estaban poniendo en marcha la incipiente Revolución Industrial, consolidaban la baja cohesión y movilidad social heredadas del orden colonial, un esquema donde el aumento de la productividad estaba ausente y, consecuentemente, la base fundacional era la propiedad de la tierra.

Los primeros pasos posrevolucionarios de estas regiones, que finalmente declararon su independencia y pretensión de unidad nacional en 1816, coincidieron con el surgimiento en la zona pampeana, particularmente en la provincia de Buenos Aires, de una actividad que, por primera vez en su historia, se destinaba en buena medida al comercio internacional. El tasajo, el sebo, los cueros y, poco después y en escala apreciable, la lana instalaron en las economías estancadas una *actividad dinámica* impulsora del crecimiento de la producción y el ingreso. Pero su surgimiento descansaba en el mismo recurso que había fundado la estratificación social del orden colonial: la tierra. Además, estaba radicada en las provincias del Litoral, predominantemente en la de Buenos Aires y su puerto. Surgía así un problema nuevo: la centralización del poder económico en un polo dominante del territorio nacional y en quienes, a su vez, concentraban la propiedad del recurso fundamental.

La expansión de la frontera culminó con la campaña de la Conquista del Desierto (1875-79), que exterminó buena parte de la población indígena y aseguró el dominio de los vastos

espacios del sur del país. La ocupación definitiva del territorio permitió un reparto concentrado en pocas manos de las nuevas tierras incorporadas a la economía. Estos espacios, hacia la misma época, fueron vinculados al núcleo pampeano por el tendido de la red ferroviaria. El proceso profundizó aún más la estratificación social entre propietarios y no propietarios, y sentó la matriz dentro de la cual se insertaron los millones de inmigrantes llegados al país a partir de la década de 1870.

En los otros *espacios abiertos* (Estados Unidos, Canadá y Australia), cuya agricultura también, como en la Argentina, se integró masivamente al mercado mundial desde mediados del siglo XIX, la frontera fue ampliada por los inmigrantes y colonos. La expulsión de las poblaciones nativas y la incorporación de nuevas superficies a la economía de mercado coincidieron así con la formación de explotaciones rurales distribuidas en muchas manos y una democracia rural, que constituyó una de las bases fundacionales de la cohesión y movilidad social en esos países.

En la Argentina, cuando llegaron los grandes contingentes inmigratorios, las mejores tierras de la región pampeana estaban concentradas en grandes propiedades, aptas para la producción en el régimen de la estancia y el peonaje, o en explotaciones menores a través de arrendatarios y medieros.

Esta formación de la economía agraria tuvo otras repercusiones negativas para la cohesión y la movilidad social. Primero, tendió a centralizar la población y la producción en un punto focal del territorio nacional, en torno del puerto de Buenos Aires y su zona de influencia, lo que llevó, por lo tanto, a impedir la formación de un auténtico sistema federal. Segundo, concentró el poder económico y el ingreso en los grandes propietarios de la tierra, confirniéndoles un poder decisivo en la formulación de las políticas públicas. Tercero, asoció a los grupos hegemónicos locales con los intereses extranjeros, que tempranamente adquirieron posiciones dominantes en la cadena de agregación de valor de la producción agropecuaria.

El sistema emergente obstaculizó la industrialización temprana de la economía argentina y el surgimiento de espacios difundidos de rentabilidad, en todo el tejido productivo y el espacio nacional. Esto redujo las oportunidades para la creación de riqueza, que en los países exitosos fue uno de los pilares de la movilidad social. Generó, asimismo, una elevada inestabilidad macroeconómica por la dependencia del sistema de los factores exógenos (el mercado mundial y el capital extranjero), lo cual acrecentó las tensiones sociales y las fracturas de la cohesión. Redujo, también, la tasa de acumulación de capital y crecimiento de la economía argentina al transferir al exterior parte importante del ahorro nacional y viabilizar el consumo suntuario y el despilfarro de los grupos de altos ingresos.

En los países exitosos (y muy claramente en los *espacios abiertos*), la cohesión y la movilidad social están íntimamente asociadas a los procesos de acumulación en sentido amplio, que incluyen el desarrollo temprano de un sistema nacional de ciencia y tecnología y la producción de bienes de capital. En la Argentina, ambos procesos fueron desalentados por el comportamiento del *modelo primario exportador*, por definición subindustrializado, en el cual predominaban la presencia del capital extranjero y la concentración de la propiedad de la tierra.

A fines del siglo XIX y principios del XX, la mayor parte de la población estaba integrada a la economía de mercado. Fue tal la riqueza de los recursos naturales de la región pampeana y tan acelerado el crecimiento de la producción primaria y las exportaciones que la expansión del ingreso derramó hacia adentro en una expansión considerable del mercado interno y la diversificación de la demanda, como así también en la urbanización y la formación de clases medias en los centros urbanos y las zonas rurales más prósperas.

El impacto de la transformación fue especialmente observable en la región pampeana y sobre todo en la ciudad de Buenos Aires y su zona de influencia. A principios del siglo XX, esa ciudad era

la gran capital de América Latina, centro de atracción de los mayores intelectuales de nuestra cultura y del resto del mundo, y el centro urbano más cosmopolita del planeta. Ninguna otra capital mostraba, como la argentina, una presencia mayoritaria de extranjeros, casi todos europeos, en su población, tal como lo reveló el censo de 1914.

Surgieron así nuevas fuentes de conflictos pero, también, de integración y movilidad social. En este escenario, surgió una cultura, la cual, sobre la avalancha de transformaciones desencadenadas por la apertura al mundo y a la inmigración, implantada en la matriz histórica del orden colonial y la concentración de la propiedad de la tierra, adquirió reconocimiento universal.

La política de educación pública y laica fue una contribución trascendente del régimen conservador y oligárquico de la época. Argentina logró, en pocos años, índices de alfabetización comparables y aun superiores a los de muchos países europeos. Este fue un factor importante de la movilidad social en la Argentina y del ascenso de las clases medias, dentro de los moldes estrechos establecidos por la concentración del poder y la dependencia.

Pero las mayores transformaciones sociales debieron esperar las consecuencias de la gran depresión económica mundial de la década de 1930, el proceso de industrialización fundado en la sustitución de importaciones y, desde mediados de la década del 40, las reformas sociales lideradas por Juan Domingo Perón.

La transformación de la estructura económica con el predominio de la base industrial, el aumento del empleo en la producción manufacturera (y los servicios) y las políticas del gobierno peronista derribaron viejas barreras establecidas por el régimen oligárquico, introdujeron nuevos actores como los sindicatos y provocaron una extraordinaria redistribución progresiva del ingreso.

Al mismo tiempo, como consecuencia de la depresión y, enseguida, de la Segunda Guerra Mundial, declinó rápidamente

la presencia del capital extranjero en la economía argentina. La repatriación de la deuda externa y la nacionalización de los servicios públicos recortaron la presencia del capital extranjero en sus destinos tradicionales, mientras aumentaba paulatinamente la radicada en las industrias en crecimiento. En este escenario, las inversiones norteamericanas comenzaron a ganar una presencia preponderante en varios sectores de la economía argentina.

A mediados de la década del 70, aún en el marco de las turbulencias políticas prevalecientes, la economía argentina revelaba un grado de desarrollo apreciable, condiciones del mercado de trabajo cercanas al pleno empleo, un bajo nivel de endeudamiento y logros tecnológicos como los alcanzados en la energía nuclear y las biociencias, que revelaban la existencia de un respetable sistema nacional de ciencia y tecnología.

El lento y conflictivo avance de la cohesión y movilidad social sufrió una interrupción y, finalmente, un brutal retroceso, a partir del golpe militar de 1976 y la instalación de la hegemonía neoliberal. Hacia la misma época, la globalización del orden mundial confrontaba al país con nuevos desafíos relativos al comercio internacional, las finanzas y la expansión de las corporaciones transnacionales. La densidad nacional se desmoronó bajo el impacto de una política de apertura indiscriminada, tipos de cambio sobrevaluados, que demolieron la capacidad competitiva de la producción industrial, la instalación de la *industria financiera* como eje del sistema económico, desequilibrios macroeconómicos cada vez más graves y la represión de la protesta social y política. Finalmente, una creciente deuda externa, la extranjerización de los sectores económicos fundamentales y el predominio de los grupos que adquirieron posiciones dominantes en la estructura económica emergente fracturaron la estructura productiva y el mercado de empleo. La economía nacional quedó a la deriva y sujeta a las turbulencias del mercado mundial y a las crecientes tensiones internas desencadenadas por el deterioro masivo del bienestar.

El retorno a la democracia en 1983 logró restablecer la vigencia de las instituciones y el respeto a los derechos humanos. Pero no consiguió, bajo la presidencia de Alfonsín, resolver la herencia económica recibida. La estrategia neoliberal, instalada con el golpe militar de 1976, fue posteriormente ratificada durante los dos mandatos del presidente Menem, esta vez, con el respaldo del gran movimiento popular que había protagonizado los cambios sociales impulsados por Perón, a partir de mediados de la década de 1940.

El epílogo de la hegemonía neoliberal fue el aumento del desempleo, la pobreza, la fractura del empleo con un nivel de marginalidad sin precedentes y el debilitamiento de la unidad familiar por la falta de trabajo estable de la pareja parental. Al mismo tiempo, aumentó la concentración del ingreso y el despilfarro de los grupos de alto nivel adquisitivo, la fuga de ahorro y la emigración de capital humano.

El deterioro de las condiciones de vida de amplias capas de la sociedad, incluso de los sectores medios cuya importancia era uno de los rasgos predominantes de la sociedad argentina antes de la debacle neoliberal, fracturó la cohesión social y el sentido de pertenencia a un espacio y un destino compartidos. Una de las expresiones más dramáticas de esto último fue la consigna “que se vayan todos”, manifestación límite de la pérdida de la densidad nacional.

Después de la crisis terminal del 2001-2, el cambio de rumbo interrumpió el deterioro incesante de la cohesión social. Logró recuperar la producción y el empleo, reestructurar la deuda externa, cancelar la deuda pendiente con el FMI y atender necesidades sociales urgentes. La mejora de la cohesión y movilidad social contribuyó a abrir una nueva etapa del desarrollo del país, cuyo futuro descansa en la profundización del avance social y de los otros componentes de la densidad nacional.